que pudiera conocer ni desear nada distinto de lo que tenía. Cuando Sakiamuni tuvo uso de razón, se encontró un día con un anciano encorvado que caminaba apoyándose en un bastón. Le llamó la atención el aspecto de aquel hombre, e interrogando a sus acompañantes averiguó que aquello era la vejez, un estado al que todos los hombres llegaban con los años. Otro día, vio un enfermo, y así supo que existía en el mundo la enfermedad. En un tercer encuentro semejante, vino en conocimiento de que existía la muerte. Desde entonces, el príncipe crecía preocupado por los medios que pudiesen hallarse para librar a la humanidad de estas tres calamidades que la afligen: vejez, enfermedad y muerte. Su pensamiento pudo tanto, que le decidió a abandonar palacio, riquezas, honores y reino, a fin de retirarse al desierto a meditar sobre los tristes destinos humanos. El horóscopo se había cumplido.

En los largos años de meditación solitaria, llegó a la conclusión de que la causa de los males humanos es el deseo. Si no deseásemos la juventud, la salud y la vida, no temeríamos la vejez, la enfermedad y la muerte. Anulemos todos nuestros deseos, y habremos alcanzado la quietud interior. El *nirvana* (el *no ser*) es el ideal supremo de la felicidad. He aquí el fundamento del budismo.

Esta leyenda, con innumerables variantes, se extendió por todo el Oriente y llegó a los países musulmanes y cristianos, que la adaptaron a sus creencias. Entre los cristianos se convirtió en la tradición de *Barlaam y Josafat,* la cual se incorpora a las *Vidas de Santos* latinas, y se vierte al castellano con este mismo título. Como ejemplo del eco que alcanza en nuestra literatura, mencionemos sólo la comedia *Barlaam y Josafat,* de Lope de Vega, y el encierro del príncipe Segismundo, en *La vida es sueño,* de Calderón, para evitar el cumplimiento de un horóscopo siniestro.